

APOLÓ

AÑO III

Número 17

REVISTA DE ARTE - - -
- - - - Y SOCIOLOGÍA
- - DE PÉREZ Y CURIS - -



MONTEVIDEO - BUENOS AIRES

♦ SANTIAGO DE CHILE ♦

25 JULIO DE 1908 25



Y LA ELECTRO-TECNICA - URUGUAYA

Cioffi, Regusci y Voulinot

Empresa de instalaciones eléctricas

MONTEVIDE

Particulares é industriales

GRAN EXPOSICION DE ARTEFACTOS

Arañas, Brazos, Portátiles, Tulipas, etc.

Avenida 18 de Julio 65, esq. Convención

Los dos Teléfonos

Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Redactor: P. LÓPEZ CAMPAÑA — Secretario de Redacción: O. FERNÁNDEZ RÍOS

AÑO III — N.º 17.

Montevideo — Buenos Aires — Santiago de Chile, Julio de 1908.

Una actitud

La Dignidad es el gesto supremo de una vida ;

ella armoniza todas las actitudes de una grande alma ; el gesto es necesario al Genio ; lo completa y lo fija ; toda personalidad reside en una Actitud, cuando esa Actitud es una Virtud ;

la Actitud es en la vida la proyección de la propia alma : la sombra de Si Misimo ;

el ideal de un hombre se cristaliza todo en su actitud ;

la persistencia heroica en una noble actitud, crea esa Fuerza Moral que se llama : la Personalidad ;

Y, esa Fuerza es un faro, que basta para iluminar un mundo ;

el martirio no es más que una Actitud : la muerte es su perfume ; á esa Actitud, los mediocres, la llaman : *pose* ;

Savonarola, era un *poseur* ! y, de esa *pose*, nació el Cisne ; ¡qué *pose* la de Juan Hous, sobre su hoguera :

de esos grandes *poseurs*, Víctor Hugo, es el patriarca ;

á los ojos de la estulticia, él, lo es :

¡qué mayor *poseur* que un desterrado voluntario ?

un desterrado, sufre más que un guillotinado ; y, vale menos ;

un mártir que piensa, inspira menos compasión que un mártir que muere ;

¿qué idea se tiene de la Vida ? ...

el destierro lleva al Olvido ... el cadalso lleva á la Apoteosis ... un desterrado, no es sino un Obstinado ;

¿por qué se empeña en vivir ? ¿por qué vuelve la espalda á la Patria esclava ?

ese hombre es un desequilibrado ;

el equilibrio perfecto está en ponerse de rodillas ;

¿por qué se obstina en ser un ciudadano de menos ?

ser un esclavo de más, eso sería su *gloria* ...

la proscripción, es una rebelión, cuando esa proscripción es voluntaria ;

un rebelde, es un estorbo ; en ciertas épocas, como la presente, es un anacronismo ;

rebelión contra la Tiranía ; ese es un gesto arqueológico ;

sufrirla, eso es lo lógico ; sufirirla ? eso es poco ; amarla, eso es todo ;

en sufrir la Tiranía puede haber debilidad, pero en amarla, hay vileza ;

y, la vileza, es toda la *Virtud* de ciertas épocas ;

un proscripto, es un remordimiento ;

se le puede alejar de su patria, pero está siempre cerca de las almas, como una obsesión ;

No. 17 ¿cómo proscribirlo de las almas?

aquel gesto de orgullo, impresiona los espíritus;

es necesario castigarlo;

¿Cómo se castiga á un proscripto?

proscribiendo sus libros...

y eso es poco;

el mundo libre, lee lo que el pueblo esclavo no quiere leer...

no pudiendo matarlo, hay que insultarlo;

y, el insulto al proscripto se hace una profesión;

y, el proscripto, se hace una escala, por la cual trepan á la celebridad, los paniaguados de la dictadura...

cuando un rebelde muere, sobre su tumba se hace la comedia del Perdón...

la muerte, desarma sus enemigos;

para el proscripto no hay olvido...

es, la pesadilla del Despotismo, y, el reproche vivo de los esclavos...

ese hombre nos denigra dice el Amo: hay que matarlo;

ese hombre nos humilla, dicen los lacayos, hay que devorarlo...

el proscripto, es inerme, pero es inmune;

su dolor le sirve de escudo:

¿con qué podriais amenazarlo?

su patria? la ha perdido;

su familia? la ha dejado;

su amor? lo ha estrangulado, dentro de su propio corazón;

va solo! solo con su dolor;

¿qué podréis arrebatarle?

¿la vida?

y, ¿qué es la vida para un proscripto?

su sangre mancharía vuestras manos, menos sus lágrimas;

las lágrimas del proscripto, son el gran grito inexorable;

las noches del proscripto, en

su acre desnudez de soledad, son el gran clamor, que acaba por conmover las entrañas mismas de la tierra;

el orgullo del proscripto, no es sino una forma de su dolor;

su gran poder de despreciar, no lo libra del tormento de sufrir...

¡Tener que despreciar su Patria...

¿imagináis tormento igual?...

avergonzarse de su propia madre, sería sólo comparable á esa tortura...

la ingenuidad de su protesta hace reir la indignidad de su época;

el gracejo se ceba en él, como un tábano en las melenas de un león herido...

esa clase de ataques, adquieren la prima en los mercados del díctero oficial:

el César ríe, cuando uno de sus bufones, hace reir su corte, á expensas del genio ausente; es un género de venganza, digno de César:

cuando Victor Hugo, *proscripto voluntario*, volvió la espalda al César, y, lo azotó, se hizo de moda en la prensa oficial, denigrar de aquel gran proscripto, que era toda la dignidad de su época;

la caricatura deformó el águila; la crítica hizo su agosto;

á la publicación de Williams Shakespeare, Mr. de Pontmartin, crítico oficial, que ya había declarado loco al gran poeta, declaró que la señal verdadera de la decadencia de Francia, era, el tener aún lectores Victor Hugo;

diez años más, dijo el crítico palatino, y nada quedará de ese fárrago...

cincuenta años han pasado...

¿quién sabe que existió Pontmartin? ¿quién ignora á Victor Hugo?

el Genio, aislando se engran-
dece ;

la perspectiva magnifica su
actitud ;

he ahí lo que exagera la Envi-
dia ;

¿ Cómo aminorar á un hombre
cuya altura consiste en conser-
varse de pie ?

habría una manera de eclip-
sarla, ponerse todos en su misma
actitud al lado de él ...

pero, entonces ¿ qué sería del
César, que no se ve grande sino
en medio de esa turba arrodi-
llada ? ...

ese hombre no inclina la cabe-
za, ese hombre no dobla las rodí-
llas: su rigidez lo hace gigan-
tesco ;

¿ qué hacer contra el coloso ?
lapidarla ;

arrojadle vocablos, ya que no
podréis arrojarle piedras ;

anatematizado sea por la piara,
el león hurano que medita en
la playa lejana bajo el implacable
sol ...

las moscas que vuelan en torno
á la lepra de Tiberio, maldicen
al águila de las legiones vencidas ;

el proscripto es una cima ;
él solo, representa un drama ;

el drama de la Justicia Implac-
able ...

Todos olvidan, el proscripto no
olvida ...

Todos perdonan el proscripto
no perdona ;

Todos capitulan, sólo él, no se
rinde ;

su nombre es una bandera ;
es necesario abatir esa bandera ;

hay que sumergir esa cima ;
las olas del Olvido se niegan á

marchar contra ella ;

se apela entonces á las olas del
pantano ; esas, no la sumergen,
no aspiran sino á mancharla ;

dejan á sus pies el cielo asque-
roso ;

ese cielo se llama la calumnia ;
la radiosa serenidad de la cima,
exaspera al crimen :

el César no tiene rayos ;

¿ Cómo herir la cima ;
esa cima se corona de tempes-
tades ; ella ; si dispone del rayo ...

¡ el César tiembla cuando la
cima fulgura ;

la cima siembra el espanto, co-
mo la soledad ;

esa cima es el resto insumer-
gible de un cataclismo ;

ella, está allí para atestiguar ante
los siglos, que hubo un pueblo :
la bandera de ese pueblo des-
conocido flota sobre esa cima ...

detrás de esa cima brilla siem-
pre una aurora ...

la gestación del mañana está
en ella ; he ahí porqué la noche,
ruge contra la cima ;

atacad la cima, es decir, calum-
niad la cima, he ahí la palabra
de orden de aquellos que no
pueden vencerla ;

no oís el rumor de esa calum-
nia ?

ese hombre es un *poseur* ;

su actitud no es sino el con-
vencionalismo de su orgullo ...

ese jacobino no busca sino el
Poder ;

en él duerme, como el decir de
Sila, el alma de muchos Marios ;

¿ no veis como es desproporcio-
nado y enorme ?

ese hombre es un Monstruo ;
no ha querido venderse al oro.
Sea.

pero se vende á la Historia ;
su soberbia capitula con la
Apoteosis del mañana ;

tiene el orgullo de ser virtuoso ;
esa necesidad, es un fenómeno
en esta edad ;

representar la Virtud es ser
farsante ;

na hay admirable sino el es-
clavo ;

no hay grande sino el César ;

quién está contra él, está contra el mundo ;
no amar la Tiranía, es rebelarse contra la Humanidad ;
no tener los vicios de su época, es estar fuera de su época y contra su época ;
he ahí un revolucionario arcaico ;
la Libertad, ha pasado de moda ;
y la dignidad también ;
¿los principios ?
un lastre, inútil, bueno para arrojarlo desde la pasarela del aereoplano, para acelerar la ascensión ;
no se triunfa ya con las doctrinas, eso es arcaico también ...
¿la Virtud ?
no hablemos de utopías ;
no hay más Virtud que el Exito ;
la era de las ideas ha pasado ;
vivimos en la era de los intereses ;
el Pensamiento, esa es otra utopía romántica ;
no hay grande sino el vientre ;
el mundo es una enorme digestión ;
esa es la Vida ;
! paso á los estomacales ! ...
Tal es el lenguaje de la hora ;
la dignidad, es un gesto góticco, que es necesario ocultar como un vicio ;
es verdad ;
en la hora trágica de las deca-

dencias, la apostasia de la Virtud se hace el primer deber del ciudadano ;
todo gesto de rebelión es gesto estéril ;
no es la hora de Fócion ; es la hora de Filipo ;
no es la hora de Catón ; es la hora de César ...
cuando Catón es inútil, César triunfa ;
cuando César triunfa, Bruto sueña ;
y, Bruto, también fué estéril ;
la muerte, que libra, á los pueblos del Tirano, no los libra de su propia servidumbre ...
¿quién curará un pueblo ?
aquel que infunda en él una alma nueva ...
decidle la palabra que haga latir su corazón, que arme su fe, que despierte su valor ...
la hora es de la Palabra ;
nada se puede sin ella ; nada contra ella ...
decid al mundo la Palabra, y, el Heroísmo bajará sobre la Tierra ;
y, cuando el Heroísmo sea venido, el tiempo de los esclavos habrá pasado ...
no hay más esclavos sobre la Tierra, que aquellos que quieren serlo ...

Jargastila

L'AMIE QUE J'AIME

Elle a sur le front deux veines pourpres qui sont comme deux armées qui se precipitent. — Elle a sur le front deux soucis qui se battent et soudain s'épuisent. Alors vous verrez comme ses yeux sont doux !

Elle est si douce, l'amie que j'aime, elle est tout dans son front méchant. Elle est terrible, celle que j'aime, elle est tout dans ses yeux d'enfant.

Paul Fort.

LIEBZO

Tal fué el miraje del ensueño mío
Cuando anegaste el páramo
De mi tarde otoñal con el perfume
Intimo de tu seno y de tus labios :

Un paisaje
Apacible en que el bardo
Te recitara madrigales vírgenes
En la riva de un lago,
Cuando viera la vésper acercarse
Quedas y temblorosas nuestras manos.

Mi compañera de bohemia :
¿ Has visto esos paisajes diáfanos
De las albas primaverales
Y los crepúsculos de raso ?

He aquí un reflejo de ellos. ¡Qué divina
Quietud la de aquel árbol
Que asoma apenas su follaje umbrío
Por cima del montículo lejano !

¡Oh, cómo evoca la cabaña aquella
Que duerme en el regazo
Del valle solitario las ermitas
Del medioevo hispano !

Verdeguea el otero;
Está dormido el lago,
Y la lumbre del alba es en el valle
Ligera lluvia de vitriolo blanco
Que al caer quema el haz de las sombras
Y argenta el sombrío follaje del árbol.

ENVÍO

He aquí nuestro paisaje.
Un paraíso en él has conquistado ...
El fué el miraje del ensueño mío
Cuando anegaste el páramo
De mi tarde otoñal con el perfume
Intimo de tu seno y de tus labios.

Amor es... mudo

Engalanamos estas páginas con el retrato y colaboración del joven y distinguido escritor Felipe Sassone que se halla entre nosotros de paso para el Perú, su tierra natal. La labor intelectual de Sassone es vasta y digna del mayor encomio. Ha publicado ya cuatro libros: «Malos Amores», «Almas de Fuego», «Viendo la Vida» y «Vórtice de Amor», y ha sido juzgado favorablemente por los principales críticos, tanto de España como de América. Ya en otras ocasiones hemos hablado de sus facultades intelectuales. En uno de nuestros próximos números publicaremos un juicio extenso de nuestro director, sobre su última novela intitulada: «Vórtice de Amor».

N. DE LA R.

Fué una tarde en Sevilla, en la Sevilla morisca y agraciada, canallesca y sentimental. Sentado en la acera, abrazado á su guitarra cual si abrazase á una mujer, un gitanillo astrosa, de tez bronceada y de ojos soñadores, lloraba una copla, una de esas coplas á la vez dulces y amargas que halagan como una caricia y hieren como un puñal:

¡¡A mí me mata el callar... ay!!

Sobre el pescanteado de la guitarra, que fingía sollozos, el canto desgranaba la agilidad de sus notas dolientes, entrecortadas, sin compás y sin medida, corriendo por la calleja borracha del gran sol andaluz, estrecha y sinuosa como una sierpe, invocando tal vez á unos labios carnosos y sangrientos,

tos que sonreían tras la reja florida de campanillas y de claveles.

¡A mí me mata el callar... ay!

• • • • •
Más de una vez, recordando aquel cantar, triste como el gordeo de un pájaro cautivo, he pensado que el gitanillo tenía razón. El amaba mucho, y por eso callaba, y mataba el callar.

Amor es mudo. Mientra aquel viejo proverbio que lo finge ciego: El Amor mira los encantos del ser á quien ama; los mira aumentados por el lente poderoso de la ilusión y del deseo; y

calla porque la emoción lo hace enmudecer, y la palabra es menos rica que el sentimiento.

Al travieso niño de las flechas, mejor que con una venda en los ojos, debieran representarle con



el dedo índice sobre los labios, imponiendo el silencio, el silencio que es amigo del Amor, porque es amigo de la soledad y del misterio. Todo enamorado, víctima de la idea fija, es un solitario que se aísla para pensar en su amada y lleva en el pecho el misterioso arcano de su pasión. Aquel amor audaz que dice «te quiero» sin temblores y sin balbuceos en la voz, es falso como la querella ampulosa, mil veces repetida, de los donjuanes aventureños; aquel amor que jura «no te olvidaré nunca» es un querer poco firme, porque admite la posibilidad del olvido y piensa en él. Amor es suspiro, es beso, es lágrima, y como es una gran tristeza y un gran deseo, es mudo como el ansia y como el dolor.

Ante la mujer querida, el amante verdadero se postra; tal el devoto ante la divinidad del altar, el artista ante la magnificencia de la obra de arte, y tiembla, y llora, y enmudece, y es elocuente su silencio emotivo y doloroso.

El silencio es el patrimonio de los tímidos.

¡Bienaventurados los tímidos en amor!

Jacinto Benavente, el gran psicólogo del alma femenina, ironista sutil, fauno saltante, que esconde con el traje moderno, «sus nerviosas patas de chivo», ha dicho en una de sus admirables comedias: «Los hombres deben ser tímidos en amor, porque es

la única manera de que *ellas* sean las atrevidas». Y *ellas* se atreven y lo dicen todo con los ojos, supremos intérpretes de la pasión. ¡Benditos ojos azules que nos sonrien como un cielo sin nubes y dicen la paz y la ternura! ¡Benditos ojos verdes, inquietos como el mar, que arrullan con el vaivén cadencioso del océano y sugieren volubilidades complicadas y felinas! ¡Benditos ojos negros, profundos y seductores como el abismo, que hacen pensar en una tragedia de pasión y de celos!

Ellos son el lenguaje del amor, por eso los enamorados no deben hablar, y cuando en la calma de una noche poética, en que la luna pálida como un rival celoso nos envuelve con su luz azul y la tierra húmeda nos embriaga con la afrodisia de su aliento, hacen los ojos el esperado gesto que consiente, los labios sólo deben abrirse para besar. Y aun aquel beso ha de ser calladito, calladito, porque su chasquido no turbe el silencio amigo del amor, de la soledad, y del misterio, y porque . . . según me dijo en Sevilla, en la sevilla morisca y agraciada, canallesca y sentimental, una gitana tentadora, como una picaresca heroína de antigua novela castellana, ¡el beso cuanto más silencioso y más largo, sabe mejor!

FELIPE SASSONE.

Buenos Aires y Junio á 7. 1908.

PEREGRINO

Peregrino, peregrino,
que no sabes el camino,
¿dónde vas?
— Soy peregrino de hoy,
no me importa dónde voy;

¿mañana? . . . ; nunca, quizás
Admirable peregrino,
todos siguen tu camino.
Manuel Machado.

La canción de las campanas

A Pérez y Curis.

En la regia Catedral
Bajo el lujo de la arcada de sus naves,
Se celebran en silencio oficios graves
De un pomposo funeral.

¡ Ta-lán, . . . ta-lán, . . . ta-lán! . . .

A la luz crepuscular,
En el claustro negro y frío del convento,
Se recita la Oración del Sufrimiento
En un místico cantar.

¡ Ta-lán, . . . ta-lán, . . . ta-lán! . . .

Con ahogado sollozar,
Muchos niños, muchas niñas de albo manto,
Bajo un árbol del jardín del Camposanto
Llevan un viejo á enterrar.

¡ Ta-lán, . . . ta-lán, . . . ta-lán . . .

En la iglesia parroquial
Entre risas de zagalas y entre flores,
Se celebran de dos rubios labradores
La ceremonia nupcial.

¡ Ta-lán, . . . ta-lán, . . . ta-lán . . .

Con sonidos de cristal
Llora el Angelus sus tristes ritornelos,
En la ermita que está oculta de los cielos
Por el arco de un rosal.

¡ Ta-lán, . . . ta-lán, . . . ta-lán . . .

Las luces muriendo están.
La campana de la fábrica ha sonado,
Y rendidos los obreros, han dejado
Sus faenas, y se van . . .

¡ Ta-lán, . . . ta-lán, . . . ta-lán! . . .

Ovidio Fernández Ríos.

Virtuosa ...

A Pérez y Curis.

—Ocho años, señora, ocho años que han transcurrido no propiamente en el recuerdo, pero sí en las cosas ... Los mismos temas de antes, las mismas sensaciones, pero con otros aspectos, con otro ritmo, el ritmo de lo nuevo y de lo desconocido ...

Eulalia se quedó pensando, y detrás de la visión esfumada de un recuerdo apenas surgido, sacudió lentamente la cabeza.

—Sí ... Sí ... Es verdad. Cambian las cosas, como los deseos, como los años, como las flores y las hojas ...

—Las flores se van ... Las hojas caen ...

—¡Eulalia! Déjate de tonterías. Gustavo ha venido á comer no á llorar como en las novelas. No le haga caso, Gustavo, coma. Coma este pedazo que está muy bueno.

Y Antonio, el marido de Eulalia, cogió entre dos tenedores un trozo de la fuente, y lo colocó en el plato aun lleno de su huésped.

Gustavo era un viejo amigo de su mujer, amigo de infancia y de hogar. Juntos habían ido al colegio, y juntos habían retozado por dentro de las alcobas paternas, y en los patios revueltos de sillas, escobas y basuras. Después de ocho años de ausencia en la lejana y atrayente Europa, volvía á su tierra, á su ciudad natal, convertido en un hombre serio, con toda la primera seriedad y el pleno sentimiento de la vida. Educado y pulido, despojado de las virtudes ingenuas de los quince años, su mocedad florecía en una suave salud llena de vigor, que fijaba la gallarda

semblanza del varón y le daba carácter. Huésped de honor en la casa de su antigua amiga de familia, convertida en el sueño desconocido de ocho años en señora y madre, comía á la cabecera de la mesa lleno de turbación y embarazo, como en una casa extraña que tuviera al mismo tiempo una lejana y amable remembranza de cosas vividas y dulcemente gustadas aún. A un lado la chicuela Eulalia de otra, transformada debajo de aquel vestido de comida en señora cortés y obsequiosa, en la opulencia de sus carnes satisfechas de lozania y de caricias. Al otro, aquel desconocido, aquel imprecable adversario de su infancia encantadora y loca, obeso, rebosante de tranquilidad y bienestar, que comía y comía á grandes bocadas echado sobre el plato. Más allá, á un lado y otro de la mesa, dos cabecitas rubias, redondas y chatas como las muñecas de porcelana y erin de los bazares pobres, comían con los dedos, emporcándose las caras y las manos. Y entonces Gustavo pensó si el matrimonio no era un aspecto de la vida animal, y si el amor no era más que una emoción fugaz de los sentidos en deseo.

—¿Se acuerda, Gustavo, cuando hacíamos de modelo en casa de padre?

—Sí, me acuerdo. Usted y yo. A veces usted. A veces yo ...

—Y á veces los dos juntos ...

Gustavo miró fijamente á Eulalia como buscando en sus ojos brillantes y audaces, una sospecha de evocaciones peligrosas. Estaban cerca de los postres y

habían bebido en abundancia la sangre cancionera del vino, bálsamo y olvido de todas las tristezas. A Eulalia le hacia retozar la vida por todo el cuerpo, y florecía en un incendio de salud. En su marido era abotagamiento y pesantez de ahito. En Gustavo coraje y ebullición de cariñosas sensibilidades.

— Los dos juntos, Eulalia ; los dos juntos, me acuerdo...

— Usted no se estaba quieto, interrumpió ella aparentando burla en una carcajada. — Dos horas todos los días, con las cabezas juntas, desnudos hasta el hombro, posando «El beso robado» ¡Ladrón ! A veces sí me lo robaba...

— Sin querer. Los labios estaban muy cerca.

— Posándose...

Eulalia volvió á reir y puso atrevidamente con los ojos, una línea de intención debajo de aquella palabra.

Antonio levantó la cabeza, é hizo un indesimulable gesto de desagrado sonriente. Gustavo enrojeció, y buscando indiferencia, llevó su copa hasta los labios y bebió.

— Cosas de muchachos... exclamó después.

— Si... ¡de muchachos! ¡Aquejollo ya no vuelve ! Una mañana amaneció nuestro «Beso robado» hecho pedazos en el suelo del taller, decapitados los dos, las cabezas separadas, estirándose aún como buscando los labios...

— Sería quizá por miedo al padre... Alguna pelea en la noche... interrumpió Gustavo haciendo broma.

— No. Era el barro malo que se había secado con el calor. El estudio tenía el techo de zinc, y era verano.

— ¡Claro ! No le habían echado bastante agua. El barro quiere agua, exclamó Antonio con aire de lógica.

— Probablemente... Probablemente... Lo cierto es que padre se quedó sin beso, y nosotros sin aquel recuerdo que iba á perpetuar nuestras cabezas y nuestros días felices. Quién iba á decir que aquel...

— Iba á volver con otra cabeza... ¿verdad ?

— Y otros besos.

— De barro. ¡En Roma he hecho tantos ! Le debo á su padre los primeros pasos...

— Y á su hija los primeros besos... robados...

— ¡Eulalia ! ¿Tú estás loca ? Siempre la misma criatura...

— ¿Y qué ? ¿Una no puede hablar ? Son bromas, ¿verdad Gustavo ? Por decir algo... Aquello ya pasó, y él es hoy un hombre serio...

— Y usted una señora... seria.

— Con esposo y con hijos. Me parece.

— ¡Mamá ! balbuceó un chico. ¿Me das otro poco ?

— Ya lo ve, Gustavo. Con hijos que comen... y un marido que se enfada...

— Yo no me enfado. ¡Eh ! Pero cada uno... De ayer á hoy el mundo da vueltas. Y al pan pan, y al vino vino. Tome otro poco...

Y mientras Antonio llenaba el vaso,

— Sí, da muchas vueltas... concluyó Gustavo como insinuando un desprecio.

Los tres hicieron un silencio. Gustavo pensaba : ¿Sería acaso feliz su amiga ? ¿Por qué le hablaba de aquellos recuerdos casi olvidados ? Eulalia suspiró largamente, y Antonio bostezó con lentitud de sueño.

De pronto, al estirar un pie, Gustavo se encontró con el pie de Eulalia. Un estremecimiento le llenó las mejillas de sangre. Era lo imprevisto y la tentación. Miró rápidamente á su vieja amiga buscando en su rostro una expresión de cómplice, ó el rojo encendido de un pudor que se contiene. Sin embargo, Eulalia acariciaaba y besaba la rubia y revuelta cabeza del hijo que comía á su lado, y su cara sonreía con amorosa ingenuidad. ¿Disimulaba? ¿Sentía la provocación? Su marido, echado sobre el respaldo, se adormecía. Y en un instante, Gustavo experimentó todo el goce exquisito de la posesión prohibida, como si con la sola caricia de su pie, hubiera llenado la felicidad amorosa de aquel cuerpo joven insatisfecho, y de aquella alma romántica un tiempo, que resucitaba reclamando el triunfo de su ensueño, ahogado en los brazos prosaicos de su marido.

Eulalia pensaba también. Sentía el dulce contacto de aquel gallardo amigo que la vida le había devuelto, después de ocho años, con el alma bellamente soñadora y artista que se parecía tanto á la suya, á esa otra alma escondida que muchas mujeres llevan fatalmente al matrimonio como un doloroso é incomprendido sacrificio. Por un instante también sintió la tentación de lo que no se puede gustar, la traición del amable sabor del alma poseída, de la afinidad que se encuentra al fin en el milagro de un minuto casual, en la floración inesperada de todo el ideal, vencido largos años bajo la marea implacable de los destinos. Al acariciar á su hijo, acariciaba y agradecía á la vida entera, al

verdadero amor, á su propio corazón embriagado de dulzuras desconocidas.

¡Qué tiempo pesado! ¡Qué tiempo! Tengo una gran pereza, y unas ganas de acostarme! exclamó Antonio estirándose lentamente en un largo bostezo.

Gustavo sonrió. Eulalia miró á su marido, y sus palabras, penetrando una tras otra en sus sensaciones, fueron desvaneciéndo poco á poco los dorados vapores del ensueño. Era una mujer casada, tenía hijos y una cadena de obligaciones le sujetaban á un hombre, á aquel tranquilo y ahito burgués vendedor de hierros que se adormecía enfrente. Detrás de aquel pie podría prolongar unas horas más el acariciante minuto de ensueño. Pero, ¿y después? La vida incierta, una venganza de muerte cerniéndose sobre su cabeza, y, sobre todo, la perdida para siempre de aquellos regalados y fáciles sabores del hogar sin privaciones, donde el cuerpo, el exigente cuerpo, holgaba hartamente satisfecho . . . Y entonees, de un salto, como quien experimenta una sorpresa, se incorporó en la silla y exclamó fuerte, mirando á su amigo con un gesto de ingenra insolencia :

— ¡Ay! ¡Perdone! ¿Lo pisé?

Gustavo se puso colorado, y un amargo como una espina le mordió en el corazón.

— ¿Será acaso feliz? pensó.

Antonio levantó los ojos ador-
mecidos y sonrió a Eulalia con
dulzura. En el ~~rostro~~ había
había un pensamiento que decía:

- Estaba ~~seguro~~. Es virtuosa, mi mujer . . .

MANUEL MEDINA BETANCORT.

Isaac Muñoz



Pertenece á la nueva generación de escritores castellanos, y se caracteriza por la brevedad de su frase lapidaria y personal. Ha publicado los siguientes libros: «Vida», «Voluptuosidad», «Libro de las Victorias» y «Morena y Trágica». Actualmente es Secretario de Redacción de «Revista Latina», que dirige el exquisito poeta Francisco Villaespesa.

Gloria Olímpica

Para Arole

Tras el baño gozoso de risueña frescura,
de la orilla fragante bajo el palio sombrío,
rubia flor cuyo cáliz engalana el rocío
está Leda, radiante de gloriosa hermosura.

De repente un gran cisne de suprema blancura,
aparece soberbio de esplendor y de brío
y al romper orgulloso los espejos del río
como un lirio de plata sobre el agua fulgura.

Al mirarlo la Reina su belleza recata
y los húmedos oros de sus bucles desata
ocultando sus formas con gracioso rubor.

En el cisne su instinto le revela un amante
y lo ve cual se acerca luminoso y triunfante
como barca de nieve donde boga el Amor!

Llega el ave: sus alas de precioso diseño
cual dos brazos oprimen la beldad ruborosa
que devuelve turbada la caricia amorosa
alisando las galas del plumaje sedeño.

Con su pico el Galante, tras erótico empeño,
leve oprime el capullo de sus senos de rosa...
En el césped rendida desfallece la hermosa
y es el Divo que triunfa su magnífico dueño.

Tras un éxtasis dulce de ventura ignorada
huye el cisne tornando la cabeza argentada
mientras surca las ondas de sonoro cristal.

Y más rojo al contacto de los besos de Leda,
como rosa que arde sobre alburas de seda
resplandece su pico de luciente coral!

ALFREDO GÓMEZ JAIME.

Madrid.

Vida

(Pequeña alma)

Para APOLÓ.

I

Mamá! — y el enfermito la miraba en los ojos, enlazándola con sus largos y flácidos brazos, tan blancos que semejaban de mármol. Toda la vida parecía residir en sus pupilas, de un azur profundo, y que á veces la fiebre las iluminaba con rápidos brillós de acero, para luego apagarse lentamente tras las pestañas que cerraba el cansancio.

— ¡Mamá!

— ¡Hijo mío! — Sin saber por qué asustábale la mirada del niño, que parecía interrogarle con la muda expresión de sus ojos, hoscos y luminosos, enormes á medida que el mal plegábale el cutis á los huesos. Ella sentía sus brazos pálidos, casi helados, enrollarse á su cuello con rara tenacidad; luego, acercando á su oido sus labios secos y ardientes, murmuraba fatigosamente palabras entrecortadas por un angustioso hipo que parecía estrangularle:

— Mamá! escucha, mamá!

— ¡Hijito! ¿qué quieres?... — y alarmada en medio de una angustia tan honda como inexplicable, besábale en la frente, en los labios que tenían la quebradiza dureza de las hojas secas, en las mejillas demacradas que dibujaban ya las líneas precisas e indelebles del esqueleto. Pero aquello duraba poco. Extenuado al fin por el esfuerzo, doblegaba la cabeza sobre el pecho, como una flor agostada por el viento, luego cerraba los ojos, y lacio,

casi inerme quedaba en la cama como un infantil Cristo doloroso.

¿Qué querría decirle? ¿Qué atormentadas visiones desfilaban por su afiebrada cabeza de niño enfermo? No lo sabía. Pero aquella mirada azul, tan penetrante y profunda, que derramaban los ojos de su hijo, sentíala muy dentro, desgarrando en el interior de su espíritu velos de sombra, que la llenaban de espanto. Un frío soplo pasaba por su corazón, casi helándolo. Su vida jiraba entonces en lento desfile, evocada por el recuerdo. Entre la vaga neblina del pasado, la cabeza blanca y dolorosa de su madre se esfumaba muy lejos, en el cielo de su infancia, como una nube. Y después, el primer sueño, la primera hoja caída al camino, llevada en tremulante remolino por el lodo de las pasiones efímeras, y que sin embargo tan hondas huellas dejan en el rostro surcado de pliegues profundos, en los cabellos que blanquea la escarcha de los inviernos de la vida, y en el alma crucificada por el recuerdo como en un Calvario... Muchas veces en las largas horas de vijilia, junto á la cama de su hijo venía á su memoria la amable visión de una barba blonda, unos ojos azules que parpadeaban ensueños misteriosos, y unos labios al través de los cuales la frase escapábase como un canto... Era el padre de su hijo... ¡Ah! ¡Lo de siempre! La hojita lozana caída del árbol, arrastrada por la ventolina á través de sendas y ba-

rrancos, hasta quedar encajada en los lodos de un pantano! Después, un viento compasivo arrancóla de su cárcel, no sin que jirones de si misma quedaran en el lodazal; luego un amigo remolino llevóla á una vertiente á que se lavara la cara, y ahí estaba otra vez, asomada á la ventanita de su honradez, por entre los espinosos ramajes con que la vida la rodeaba, junto á aquel enfermizo retoño de su carne, escudada tras el cuerpecillo endeble y doloroso de su hijo. Y entonces tapábase la cara horrorizada, mientras la leve plumilla del recuerdo pasaba jugetona é inconstante, describiendo en el aire cabalisticos signos ó bien perfilando las iniciales de un nombre, las cuatro letras de una fecha, como los caracteres semi borrosos de una lápida... Después... nada. Un pasado lleno de zanjas, como un interminable cementerio, y un presente que era como un largo camino, en cuyos bordes alzábase al sol la traidora arrogancia de una fila de cardos... Y junto á la pensativa cabeza de su hijo, lloraba lágrimas ardientes, que saudían su corazón, como una pobre barca á merced de los oleajes. ;Y eran tan amargas, tan tumultuosas sus lágrimas de expiación infinita!

Pero, — preguntábase en medio de los sollozos que la ahogaban,—¿por qué vienen á mi mente estos recuerdos del pasado, evocados como por extraño conjuro ante la mirada profunda de aquellos grandes ojos azules? ¿No era monstruoso que aquellos despojos de su miseria pasada viniieran á mostrarse en su más pecadora desnudez, ante su hijo, ante aquella vida suya, agotada

en jermen por extraños males cuya procedencia no podía precisar?; Si estaría loca! Y acusábase á sí misma, magullando sus manos por la desesperación. ;O acaso, — preguntábase en seguida, — su hijo soñara con un juguete raro, con un traje nuevo, ó bien querría pasear por el campo, por las largas alamedas, en esas tardes apacibles del otoño en que el sol espolvorea oro puro sobre los altos copos de los árboles?

Su corazón de madre tuvo entonces un rayito de esperanza.

Al día siguiente, un chorro de sol penetraba por la ventana del cuarto del pequeño enfermo. Una mariposa nocturna aleteaba aún sobre el tubo de la lámpara, con un lento zumbido de alas. El niño entreabrió los ojos, y sobre la cama vió un hermoso traje azul. Lo miró indiferente, y al ver á su madre que le sonreía, animándole, en tanto le señalaba el albo cuello, en cuyos extremos brillaban dos bordadas anclas de seda, apartó de él sus ojos, con un amargo gesto de hastío.

A la siguiente mañana el enfermito vió sobre la alfombra, en el centro de su pieza, un enorme Polichinela que hacía endiablados jestos y curiosas piruetas que instaban á risa. Los niños del barrio habíanse detenido en la ventana, y hasta muy lejos llegaba el claro rumoreo de sus voces, acompañadas de alegres carcajadas y entusiastas palmoneteos de manos.

— Ah! — dijo un rubín pequeño y sucio, que pegaba la cara á los barrotes de la ventana, para ver mejor los jestos del payaso.

— Ah! mi papá me comprará uno también!

Como movido por un resorte,

el pequeño enfermo se incorpó. Brillantes los ojos, secos los labios, murmuró:

— Mamá, ¿has oído?

Ella acudió solícita. Tomó el juguete y lo colocó sobre la cama. Entonces el pequeño se irritó. Volvió la cara á la pared, con extraña obstinación; sólo cuando su madre, en medio de ahogados sollozos, arrojó á un rincón del cuarto el desgraciado Polichinela, volvió á fijar en el cielo de la pieza, sus profundos ojos azules.

Los chicos continuaban en la calle riendo y comentando alegramente las graciosas piruetas del juguete. Y la voz del rubio de cara y manos sucias, volvió á oírse como en una invocación de esperanza:

— Mi papá me comprará uno también!

Volvió á crisparse aquel cuerpecillo del enfermo, en una violenta crisis; tendió sus brazos sobre el cuello de su madre, y con voz ronca que parecía arrancarle de muy dentro, exclamó:

— ¡Escucha! —se incorporó un poco. Una oleada de luz brilló su cara pálida, casi transparente. Iluminábanse sus ojos al impulso de violentos sacudimientos de voluntad, agrandándolos desmesuradamente, como si quisieran arrancar de las órbitas.

— ¡Dime! —Un angustioso y lento hipo cortó su voz en la garganta; ahogábase en sus propias palabras. Luego, con una suprema energía, acercando más los labios al rostro de su madre, concluyó:

— Mira... éso tienen papá... ¿por qué yo no lo tengo? ...

Calló. Pesadamente, desplomóse sobre la cama. En medio de aquellos miserios despojos de carne pegada á los huesos, que-

daron los ojos muy abiertos, mirando, mirando más allá de las cosas...

En tanto, los gritos de la turba de harapos continuaban en la calle, pidiendo una nueva pируeta del payaso...

Y el rubio pequeño y andrágoso, volvió á exclamar con voz de infinita esperanza:

— Diré á mi papá que me compro uno también!

II

Entre cuatro tablillas negras habíase colocado el pequeño cadáver. ¡Era tan misero aquel montoncito de pingajos de carne y de huesos! Los ojos permanecían aún abiertos, impenetrables, fijos, obsesores. Inútil que su madre piadosamente cerrárale los párpados, pues ellos volvían á entreabrirse con precisión mecánica. Y continuaban así, espantables al través de su fijeza, pero ya más serenos, amortiguados por la suave claridad derramada por los cuatro cirios.

Con los ojos enrojecidos y los labios secos, la madre rezaba, de rodillas.

La mañana era fría, poblada de nubes grises. Al través de los vidrios rotos de la ventana, un viento ligero agitaba las llamas de los cirios, alargándolas, dilatando su aureola entre la media sombra del cuarto.

Un violento ruido de carruaje, de risas, de voces, venía desde la calle. Instintivamente ella miró por los postigos abiertos de la ventana. Lanzó un grito. Miró con ojos extraviados el ataúd, y extendiendo su brazo, como si el pequeño enfermo aun viviera, exclamó:

— Tu padre!

En lujoso carruaje, había visto flamear la misma barba rubia en

un rostro pálido y bello. Era el diputado católico X., que paseaba en compañía de algunas damas del gran mundo su esplín

Junio 13-1908 (8 de la noche).

aristocrático. Arrancó á la fusta un violento *chis-chás!* y perdióse á lo lejos, entre la tupida seda de la bruma gris.

LUIS ROBERTO Boza.

Balada á los lmbéciles y los Pillos

Para Apolo.

Vedles vivir sus vidas deshauciadas,
Sin un rayo de luz en las miradas,
Sin talento ni amor.
— Qué tristeza, Señor !

Ellos se creen los dueños de la tierra,
Miran á todos como en son de guerra
Con burlas y furor.
— Qué tristeza, Señor !

Viven soñando alguna mercancía
Sin ensueños, ni esplín, ni poesía
Ni ritmo, ni color.
— Qué tristeza, Señor !

Odian el noble Arte. (Odiarlo es poco).
Ser artista suponen que es ser loco
Ó erápula, ó traidor.
— Qué tristeza, Señor !

Los poetas son meros infentecatos
Mas vivir entre lienzos y zapatos
Es cosa superior.
— Qué tristeza, Señor !

Deber el pan es robo sin comento;
Y ellos prestan á más del diez por ciento

Buenos Aires, 1908.

... Y son hombres de honor.
— Qué tristeza, Señor !

No respetan la pobre abandonada,
Y rezan á una estampa mal pintada
Coa timido fervor.
— Qué tristeza, Señor !

Desprecian al pensante caballero,
Pero lamen la espalda de un banquero
Y el pie de un dictador.
— Qué tristeza, Señor !

Y así viven sus vidas deshauciadas
Sin un rayo de luz en las miradas,
Sin talento ni amor.
— Qué tristeza, Señor !

Y así viven sus vidas despreciables
Comentando cual bestias insaciables
Este ó aquel valor.
— Qué tristeza, Señor !

Y cuando llega al fin la muerte fiera
No saben del placer de la quimera
Ni saben del dolor.
— Qué tristeza, Señor !

Pablo Minelli González.

PARA ISABEL VENEGAS

Encantadora amiga

Para Apolo.

Oye, perfumada brisa:
si, taciturna... indecisa,
á la española ribera
baja Isabel, en la playa
alza tu vuelo, ligera,
y á la divina viajera
ruégale... que no se vaya!

Oye, resonante ola:
si en la ribera española
ves á Isabel entornar
los ojos tristes, proteje

su navío sobre el mar;
y si la puedes hablar,
ruégale... que no se aleje!

Mas, si veis su faz risueña,
si con Patria y Hogar sueña,
y hunde la dulce mirada
en el remoto confín...
no le digáis nada, nada,
y llevadla... que es sagrada
flor que vuelve á su jardín!

JULIO FLÓREZ.

Madrid, Abril de 1908.



Roberto de las Carreras

Bajo la Careta

Para Apolo.

Cayó como caen las más fuertes, las más puras, cuando el destino las arrastra todavía jóvenes y vírgenes hasta el fango del vicio.

Su historia era la historia de la flor que se arranca de su tallo y en seguida se arroja al estercolero. En su infamia no hubo gradaciones. Vino la ola del mal y la envolvió de golpe; y cuando la dejó, era un resto, un despojo, algo que no es nada.

Fué engañada por la dueña de casa, la Maestra del taller en que ella, Julia, á los quince años, había ido aprender el oficio de modista. La señora Maestra, como allá la llamaban, una bribona que disimulaba en un obrador de modas, garlito de jóvenes, su comercio infamante, la solicitó un día de servir de maniquí viviente para un ajuar de novia que preparaba en la casa. Y allá, en el lujoso tocador con grandes espejos, las manos hábiles de la Maestra fueron despojándola de toda sus ropas, hasta las piezas más íntimas. Y al quitarle su modesta camisa de hilo, adornada de sencillos festones en los hombros y el escote, para ponerle una riquísima de seda sutil, transparente, con valiosas incrustaciones de encajes, la Maestra tuvo una exclamación de asombro por el hermoso modelado de su cuerpo y se apartó un poco para verle mejor.

Verdad que Julia, desnuda, despertaba admiración. Tenía un cuerpo de una escultura perfecta, exquisita, sin un solo defecto en su magnífica blancura de carne joven y tersa. Las líneas se preveían duras, firmes; pero, en el conjunto, sin la inmovilidad característica de las estatuas, sin esa muerte del mármol, que sofoca toda emoción que no sea de arte, sino rebosantes de expresión y de atracción sensual. Su desnudez era la desnudez incitiva del placer. Esta cualidad vívida de sus formas se acentuaba, triunfalmente, en el desarrollo gallardo de los senos, la amplitud elegante de las caderas y el torneado esbelto de la cintura. El delineado de la gracia poderosa partía de la frente y se deslizaba correcto por la cara, el cuello y los hombros, difundiase voluptuoso por el busto y se iba á perder fugitivo en la redondez morbida de los muslos, el torneado delicioso de las pantorrillas y la artística construcción de los pies. Había, pues, en toda esta hermosa desnudez de mujer, el encanto supremo que lleva á las sutilezas fisiológicas del amor.

Mientras la maestra le probaba las piezas de ropa no tuvo la lengua quieta y murmuró á su oído, con frases significativas, todo un rito extraño, desconocido para Julia, del que sólo comprendió que las muchachas jóvenes y lindas como ella gustaban mucho á los hombres; que había algunos que las querían para casarse y otros que las pagaban nada más y que por eso muchas tenían lujo, joyas y hasta coche. Ya vestida, le dió la gran noticia: el ajuar era para ella, un regalo que le hacía para que asistiera á un banquete que daría en la casa el día de su santo. Julia resistió un poco y

luego estuvo conforme con todo. ¿Por qué no? A los quince años hay en el alma de todas las jóvenes un hervor de mareo que desequilibra y que voltea á las mejores.

El día de la fiesta Julia estaba muy linda con su gran vestido blanco, que la dejaban desnudos los brazos y los hombros. Como invitados hubo todas las muchachas del taller y algunos hombres, parientes y amigos de la Maestra, según le dijo á Julia su compañero de mesa, un joven que no tenía más defecto que arrimarse mucho á ella. Cuando vino el champagne, dulce para las mujeres, fuerte para los hombres, hubo aplausos generales. Julia, dominada por el medio, aplaudió á su vez. Su pareja la hacía ya el amor, en voz baja, al oído, con frases ardientes y mareantes. Julia, hasta entonces limpia de hombres, sentía de golpe la fiebre del amor y se dejaba llevar, inconsciente, hacia esa región desconocida para ella, cuyos flores del hablar la atraían y cuyos misterios la asustaban.

Gustó del líquido aristocrático y perverso como un criminal refinado y á la segunda copa tenía una niebla ante los ojos, una niebla poblada de visiones extrañas, á través de la cual le pareció que su vecino de sitio la abrazaba y besaba y que las demás muchachas hacían lo mismo con los otros. Una tercera copa la abatió como un manotón brutal ciega un copo de espuma. Y se fué de lado, sobre su Maestra, que la rechazó hacia el joven, que la recibió en sus brazos, besándola en la boca, en los ojos, en el cuello. No opuso resistencia. Quedó sumida en una de esas embriagueces fatales que aniquilan el cuerpo y el alma. Así, casi rígida, se dejó llevar á una de las piezas interiores y poner sobre una cama. Sólo ante el ataque postrero á su pureza el dolor físico la hizo reaccionar un poco y su pudor no quiso ser vencido en la batalla. Y cuando se aprestaba al combate, su cuerpo, excitado, la traicionó; la sensación viboreó en sus entrañas, la sumió en el supremo éxtasis; y entonces, ella, como todas, palpitante, suspiró hondo, cerró los ojos y se abandonó. Despues, con la carne rebelada, enloquecida, quiso más abrazos, más caricias y más besos.

Luego de su caída lo supo todo: la vileza de la Maestra y el comercio de sus compañeras. Y fué como ellas, aceptando hombres y pagas como las demás. Comprendía su estado, pero no se rebelaba hacia el bien, considerándose como muerta en vida. Todo: su engaño, su desgracia, la Maestra, sus amigas, sus amigos; todo lo consideraba, en el fondo, un montón de infamias, oculto bajo la careta de ciudad tranquila, burguesa y honrada de la capital, patrocinada por los santos, austeramente velada por sus leyes, la bandera nacional que flamea en el Parlamento y las erguidas torres con cruces de la vieja Catedral.

ANGEL C. MIRANDA.

Cuarto, Junio 21 de 1908.

Presentires

á Elodia Miranda, admirativamente.

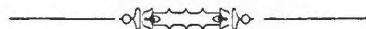
Para APOLO.

¡Oh varona! Si en mis horas tribunicias estuvieras
dando golpes en el parche de mi lírico tambor;
se haría carne el Rojo Verbo dejando de ser quimeras
las magnas anunciaciones del ácrata soñador.

Despertaran del letargo en que yacen las hogueras
cubiertas por las cenizas del prejuicio y del error;
y el huracán de los odios azotara las banderas
que están sujetas al mástil de la nave del temor.

Y los parias, los que sueñan en futuros despertares
de luz plenos, los que forjan mis cantares
y se yerguen atrevidos ante tanta iniquidad,
al ver que esgrimes la tea de las reivindicaciones
entonarán las acráticas y proféticas canciones
envolviéndote en el rojo peplum de la libertad!

JUAN B. MEDINA.



Actualidad triste

Para APOLO.

Tuvo una primavera feliz; tuvo un pasado
de nobleza, de lujo, de fiesta y de canciones;
lamentan los cronistas el que le hubiera dado
por colecciónar besos y matar ilusiones.

La conocí cuando iba de pecado en pecado
y la urgían terribles todas las tentaciones:
hoy la he visto y da lástima; tiene el ceño arrugado,
por la frente le caen unos blancos mechones...

Me atajó el paso y mientras cantaba un pregonero,
me dijo en voz muy baja y con penosa prisa
como si le angustiara pensar en la demora:

— Ayúdeme con algo, amigo y caballero;
estoy en el empeño de pagar una misa
pidiendo que un milagro me haga Nuestra Señora.

ALBERTO SÁNCHEZ.

Bogotá, 1908.

Hacia el Nirvana

Para Pérez y Curis.

Yo no sé lo que pasa, que doquiero que miro
sólo encuentro tristezas. Una pena me abrasa
el corazón, y siento que sollozo y suspiro;
yo no sé lo que tengo, yo no sé lo que pasa.

Me preguntan la causa de mi dolor profundo,
pero á dar la respuesta mi labio se resiste;
yo ignoro todo, todo lo que pasa en el mundo,
sólo sé que he nacido para vivir muy triste.

Yo jamás he tenido en mi ruta escabrosa
el aliento oportuno de un aplauso sincero,
el sublime consuelo de una mano piadosa
que mi paso encamine por el mejor sendero.

Siempre he viajado solo, con mi paso inseguro,
en pos de aquel destino que me marcó la suerte,
queriendo, pensativo, penetrar mi Futuro,
y sí, lo he penetrado: mi Futuro es la muerte.

¡Qué triste es mi Futuro! ¡Qué triste mi Mañana!
atravesar oscuro de la vida el desierto;
y, luego que se rinda mi humilde caravana,
un toque de campana para decir que he muerto!

MANUEL RODRÍGUEZ TOVAR.

Guayaquil.



Del Verano Extinto...

La Yunta

Para APOLÓ.

Los grandes bueyes tranquilos, con la mansedumbre habitual, acudieron dócilmente, á mesurados pasos tardos, al llamado anhelante del labrador.

Lentamente tendieron los gruesos pescuezos fuertes, duros en la tensión de los músculos vigorosos, plenos de potencia nerviosa acumulada en el descanso tonificante de la vispera, acostumbrados al brutal trabajo rudo, en que el deslumbrador arado slientioso, en su lento avance progresivo, con serenidades de proa que hiende mares suavemente estremecidos, arrojaba á sus flancos, la gleba húmeda, con el brillo metálico obscuro del acero dulce: en un nuncio de fecundidad y de vida y un anunciadador de veneros nuevos y una promesa alentadora de la secreta fuerza impulsiva del progreso evolucionando: esperanza, de blancas sonrisas luminosas, que vuela hacia el incitante porvenir lejano que se diseña, abiertas las remotas manos divinas en actitud de dar; salutación amable y bendición, en la tierra exuberante, ávida de siniestres para nutrirlas con su plenitud y hacerlas retoñar; vaticinador incesante de nuevas fuentes en la llanura pródiga, con virginidades adorables de cuerpos jóvenes, de ardiente sangre generosa, aun no maculados por manos profanadoras . . .

El blanco yugo de álamo, se ajustó á las cabezas indolentes prestas á recibirlo con solicitud voluntaria, y las coyundas blan-

das por el sobeo freeuente, ceñidas con proligidad por manos hábiles, dieron término á la tarea preparatoria al ondular del arado sobre la tierra henchida de juventud propiciatoria á la mano nerviosa del sembrador.

Momentos más tarde, comenzó la tarea proficia.

Los bueyes con los anchos hocicos humeantes, levantados hacia el frente, tiraron graves del arado, con pasividad, en comunio armonioso, sin violencias impetuosas y sin nerviosidades; fuerzas vivas dóciles según la voluntad dominadora del hombre y que unidas abrían el surco bendito que cerraba la melga alargada: la tierra sonaba con dulzura en estremecimientos de alegría inusitada á la reja reluciente que la hendía, — como bendiciones de un alma buena á proféticos labios reveladores: canto férvido de la tierra al canto ardiente de la reja anunciadora; los hondos surcos recientes, paralelos en toda su longitud, al seguir las sinuosidades ondulantes del terreno, simulaban las olas invasoras del mar impulsado violentamente por vientos recios hacia encantadas riberas de oro, donde cantar su plenitud arrulladora; el olor peculiar que brotaba y se difundia vacilando en los surcos recién abiertos, se percibía desde lejos: el hombre que dirigía la yunta lenta, azuzándola á veces con el agudo chuzo inexorable, aspirando con avidez el perfume de la tierra nueva, y pensando en la risueña

cosecha abundante, bajo el cielo transparente, serenamente azul de la mañana luminosa, parecía transformado, en una figura heroica de epopeyas magnas, con una lumen desconocida en la frente cobriza y en los visionarios ojos maravillados, y su alma ingenua, sentía la grandiosidad de la obra iniciada y un placer estético tan intenso, como el que ilumina al dilecto orfebre de la palabra que después de buscar ansioso en la soledad, amiga de los que meditan, una piedra preciosa ignorada, selecciona la imagen adecuada que ha de centellear en prodigios superiores, en el engrace inefable del estilo único.

Los bueyes se detuvieron. Había llegado la hora esperada del descanso reparador de las enormes energías consumidas. Una mano compasiva las libertó del yugo mojada en sudor viscoso. Partieron corriendo, haciendo resonar las grandes pezuñas obs-

curas, partidas en dos, como eró-talo's movidos sordamente con pereza por manos cansadas; alzaron las valientes cabezas heroicas, hechas más bien para agitarse, bravías y terribles, en las arenas ensangrentadas de la lida, en un salvaje temblor de rabia, con los cuernos torcidos hacia adelante en forma de lira, buscando frenéticos el pecho humano oculto tras las péridas capas de púrpura incitantes; sacudieron las melenas del cuello, retorcidas y crespas, como la de un león cachorro, recordando los tiempos no olvidados en que jóvenes vaquillonas de ancas ampulosas, les esperaban solícitas vencidas por el ardor del celo; y se perdieron allá tras la hondonada bordeada de talas, rumbo á la cañada musical, á grandes saltos joviales, con los ijares fatigados, describiendo con la pesada cola velluda, extraños arabescos . . .

LINO ARANDA Y CORREA.

Del Trópico

Para APOLO.

Las palmas y los robles del bosque
balancean sus copas en la altura
y el río, retorciéndose en la hondura,
pasa entonando su cantar salvaje.

Los matices del Trópico al paisaje
engalanán de tipica hermosura
y á los ojos se muestra la Natura
de pensiles envuelta en un encaje.

Pasa el jaguar y se hunde entre la breña
dando visos al Sol su piel sedeña
que peinan los helechos y las cañas.

Ruge el viento azotando los cedrales
y se alza, como un himno de timbales,
la gigante canción de las montañas.

LISÍMACO CHAVARRÍA.

San José de Costa Rica.

La culpa...

Para APOLO.

Hay sombra sepulcral; se oye un vagido;
llega al torno una madre silenciosa,
y entierra al hijo en esa oscura fosa,
que muestra al mundo este epitafio: «Olvido!»

Con su lengua metálica un chasquido
dá el reloj de la iglesia majestuosa,
que resuena en su alma tenebrosa,
como un grito de muerte nunca oido:

Pegada al muro del asilo avanza
por la noche, pidiendo á Dios clemencia,
surge y muere en su pecho una añoranza,

debátese, infeliz, en la impotencia;
lucha y gime y naufraga su esperanza,
en el revuelto mar de su conciencia!

JOSÉ VIANA.

Mayo de 1908.

Breviario epistolar

Correspondencia de "Apolo"

AMATEUR.—Ese verso es de la poesía «*Au bord des eaux...*» de Francis Jammes. Forma parte de un volumen de prosa y verso que bajo el título de «*Pomme d'Anis*» publicó en 1904 la «Société du Mercure de France». De Santiago Argüello me agrada todo: prosa y verso. Recientemente he leído algunos fragmentos de su libro inédito: «*El poema de la locura*».

ALBERTO SÁNCHEZ, (Bogotá).—Le contestaré extensamente por carta. El libro «*Proteo*» de José Enrique Rodó aparecerá en breve.

ISAAC MUÑOZ (Madrid).—Gracias por el envío de «*Morena y Trágica*». En el número 19 me ocuparé extensamente de ella. Hoy, sólo acuso recibo.

FELIPE TRIGO (Madrid).—En el próximo número irán mis palabras de «*Por jardines ajenos*» sobre «*La Bruta*». No las he publicado en éste por falta de espacio. Agradezco el envío y espero todas sus obras para la Biblioteca APOLÓ.

SERAFIN.—Lea usted, la «*Oda á la Belleza*» y «*El libro blanco*» de María Eugenia Vaz Ferreira y Delmira Agustini, respectivamente. Aquella no ha colecionado aún sus poesías.

FLOR DE LUZ.—Es incorrecta pero bellísima. Su autor no parece un iniciado; piensa bien y siente mejor aún. Llegará, no lo dude.

TULIPÁN.—Nada trae el número 6 de «*Revista Latina*», que se relacione con el concurso. No he leído aún «*El patio de los arrayanes*» de Francisco Villaespesa.

LEONARDO—Gainsborough fué un gran paisajista y pintor de retratos que floreció en el siglo XVII. Era contemporáneo de Reynolds y de Wilson, también ingleses. Su obra maestra es «*El niño azul*». De los cuadros de mujeres prefiero la «*Musidora*» de una voluptuosidad pagana que subyuga. Lea usted el libro de Salomón Reinach, titulado: «*Apolo*».

LUCIANO SOTO.—¿Amplexo? Abrazo. Adriano M. Aguiar ha empleado ese vocablo, hace ya tiempo, en su bellísima poesía «*El vampiro*». Otros lo usaron después.

UN PROFANO—A Leonardo de Vinci.

AFICIONADO—La prosa de Picón Olaondo es inimitable. Pronto lo conocerá usted como dramaturgo, pues APOLÓ publicará, íntegro, un drama suyo en un acto. En cuanto á la poesía revolucionaria: «*Insurrexit*», del poeta Carlos al Campo.

LOBRAC.—«*Vórtice*», de Emilio Bobadilla y «*Poesías*», de Miguel de Unamuno. El uno es digno del otro.

GUILLERMO LAVADO ISAVA.—*La Victoria*.—(Venezuela).—Se publicarán próximamente.

MIGUEL LUIS ROCUANT.—(Santiago de

Chile).—«*Playeras*» es una poesía hermosísima. ¿Quiere enviarle el apellido del autor? ¿Y lo suyo?

NEÓFITO.—Emilio Frugoni es un poeta personal. Por eso y por otras causas no puede existir paralelo entre su libro «*El eterno cantar*» y el otro que usted nombra.

APOLÍNEO.—José Enrique Rodó no tiene discípulos en el Uruguay; aquellos que quisieron imitarlo fracasaron ruidosamente.

UN CAZADOR DE PLAGIOS.—Apaldo, en este caso en que se acusa á uno de los que fueron nuestros más encarnizados críticos al joven autor de «*Las Leyendas del Alma*», pero más lo aplaudiría si él no pecara á las veces, y aunque de un modo atenuado, del mismo defecto que Victor Pérez Petit, á quien acusa con sobrada razón. Ante las poesías de ambos contrincantes la musa de Lugones llora. Yo prefiero las de César Miranda. Victor Pérez Petit es el menos autorizado para juzgar una obra literaria. Lo afirmo y lo demuestro yo en mi libro «*Por jardines ajenos*», actualmente en prensa. El suelto de «*Revista Latina*» á que usted se refiere, favorece á su ahijado. Pero no olvide que dicen de él, que: «no da una nota nueva, no es un original, podrían tildearse sus sensaciones de sobrado librescas». Respecto á la conferencia, no me resulta. Desconoce absolutamente el movimiento literario americano y la modalidad de cada escritor.

MARGARITA.—Ya lo creo. Florencio Sánchez ha obrado con prudencia.

A. BÓRQUEZ SOLAR.—(Santiago de Chile).—Su poesía «*Angustias*» es muy extensa para insertarla en esta revista. Respecto á lo que me dice en su carta debo manifestarle que APOLÓ no tiene en Chile colaboradores de ese jaez. El poeta Miguel Luis Rocuant y el prosador Luis Roberto Boza, que colaboran á menudo en APOLÓ me merecen la mayor estima por su reconocido talento. Por eso me felicito de que usted no conozca APOLÓ. Se lo enviaré. El redactor en Chile es el señor Miguel Luis Rocuant.

CURIOSO.—«*Gérmenes*» de Enrique Croesa. Hace pendant con las insulsas poesías de Miguel de Unamuno.

POETISA.—Sainain y Jules Laforgue.

MANUEL RODRIGUEZ TOVAR.—(Guayaquil).—Se publicarán en el próximo número. Envieme su libro.

LUIS ROBERTO BOZA.—(Santiago de Chile).—Recibí el ejemplar de *La Prensa*. Agradezco el artículo que publicaré en el número de Agosto.

MEDINA CHIRINOS.—*Maracaibo*.—(Venezuela).—En breve me ocuparé de la importante labor de ustedes en las columnas de «*Eilitros*».

PÉREZ Y CURIS.

BIBLIOGRAFICAS

Libros y folletos recibidos

Vórtice de amor, POR FELIPE SASSONE — LIBRERÍA PUEYO — MADRID. — En la portada de este libro bello, su autor debía haber escrito aquellas palabras que ya hizo suyas Gómez Carrillo y que dicen: «Pero si no eres artista, no entres. Es un jardín sellado para el que no tiene la fortuna de vivir en Belleza... No entres, te digo, si no eres artista...»

Felipe Sassone se conforma con decir que su obra fué escrita con el corazón, y con el corazón debe leerse. Así es, en efecto. Sólo las almas apasionadas, las pobres almas enfermas de tristeza, y que hayan amado mucho, podrán comprenderla. Todo en esta obra es sincero. Mimosa, la protagonista, con todas sus incoherencias, con todos sus desdenes primero, su amor ardiente después, y, por último, con su frialdad hacia el amante que la adora, es muy natural. Entre ella y Mario Renzi todo debía suceder así porque Mimosa sólo ama á Mario. En ella la carne está muda; el amante sólo le inspira cariño. Mario, en cambio, la ama y la quiere; su amor es apasionado y ardiente, y por esa desigualdad de quereres, las disputas entre los amantes son casi diarias. Ella es casada. El marido, hombre rico, es un verdadero *bonhomme*, que se erige en protector de Mario que es rico sólo en ideas é ilusiones, y éste, en su delicadeza innata, en su alma de artista, sufre al tener que estrechar la mano de aquel que vilipendia. El marido se lleva á Mimosa. ¡Cómo describir todas las hermosuras del bello poema que escribe el amante mientras se encuentra solo, solo, lejos de la Bien-Amada! ¡Cómo no sentir con él toda la tristeza que emana de la bella estrofa que repite al oír un pregón callejero que en tiempos felices lo despertara en brazos de la Inolvidable! ¡Cómo no sollozar con él esta estrofa:

Tengo frío, tengo frío!

Mas murieron tus promesas con la muerte de las flores
Y estoy triste en mi ventana al mirar con amargura
La caída de la nieve que recuerda tus amores
Porque tiene tus frialdades y tu pálida blancura.

Al fin de la obra, Mario descubre el paradero de Mimosa en el Perú, su patria, y marcha allá seguro de reconquistarla. Pero en vano! Ella tiene ahora un hijo y todo el cariño de su corazón es para el pequeño. Mario, en su desesperación, reniega de sus escrúpulos pasados porque como dice y con razón: «si el marido era mi amigo ella era mi amada y el amor, el verdadero amor, obsesión, idea fija, debió vencerlo todo.»

«*Vórtice de amor*», como el libro anterior de Sassone, está escrito en estilo exuberante.

Catálogo de obras modernas. — LIBRERÍA DE PUEYO. — MADRID. — Gregorio Pueyo, el inteligente y progresista librero editor que está de moda en Madrid, nos ha obsequiado con algunos ejemplares de su último catálogo que es, sin duda alguna, el mejor y

más completo de los que han publicado hasta ahora las casas editoriales de España. CÁTALOGO DE OBRAS MODERNAS viene precedido de unas palabras á manera de prólogo, que son un estudio en síntesis del movimiento literario hispanoamericano. La casa Pueyo ha editado en estos últimos años obras de Rubén Darío, Amado Nervo, Chocano, Felipe Trigo, Sassone, Gómez Jaime, Machado, Villaespesa, Diez - Canedo, Isaac Muñoz y de otros escritores que representan lo más alto de la intelectualidad moderna hispanoamericana. Loamos el esfuerzo hecho para la confección de un catálogo como ese y agradecemos al editor, señor Pueyo, el recuerdo que ha tenido para nosotros incluyendo en él las obras de nuestro Director.

Cuentos Plácidos, POR RAMIRO BLANCO. — LIBRERÍA OLLENDORF. — PARÍS. — Este distinguido colaborador de APOLÓ acaba de enviarnos su último libro publicado por la importante casa Ollendorf, de París. Constituye «Cuentos Plácidos» una serie de cuentos originales y amenos escrito con admirable estilo y una gracia que seduce. El libro de Ramiro Blanco es un libro de observaciones de la vida, en que se nota con placer esa gracia característica que tanto renombre ha dado á su autor en los países de habla castellana.

Cosas del Mundo, POR ALEJANDRO SUX. — MENDOZA. — (*República Argentina*). — El Director de «Germen» nos han enviado desde Mendoza este libro escrito con motivo de su prisión en aquella ciudad andina. En «Cosas del Mundo» campea la frase hiriente pero noble. Ese libro es la mejor defensa que podría hacer de su nombre Alejandro Sux. Nuestras felicitaciones, y con ellas, nuestro agradecimiento por el obsequio.

Nuevo canje

Némesis, PALABRAS POLÍTICAS DE VARGAS VILA. — Hemos recibido los números correspondientes á Abril y Mayo de esta formidable revista de Vargas Vila, que ha vuelto á aparecer en París y que contiene artículos de palpable actualidad política. «Némesis» es un heraldo de la Libertad, que resurge para denunciar al mundo, castigándola con tesón, la abyecta tiranía que en los pueblos de América ejercen las máscaras de la Democracia.



El hijo pródigo

Por Pérez y Curis

I

El día de su muerte se acercaba, y Julio Ruiz, presintiéndolo, abandonó un instante el lecho en que yacía postrado hacia un mes y asomóse á la ventana de su pequeña alcoba llena de luz y saturada de perfumes que subían de la floresta del valle vecino.

El cielo, á manera de azul címborrio cubierto de nubes blancas, recibía del sol matinal inmensa oblación de luz, y el valle, cálido y uberoso como región tropical, irradiaba en la orgía de sus rosas que fingían pequeños astros de sangre en la blancura dilatada de tantos lirios y tuberosas. Sauces frondosos de remembranzas funéreas dejaban caer sus lánguidas ramazones, cual las

alas de un ave agonizante, en la ribera de un arroyo apenumbrado que undulaba blandamente por entre matas temblorosas de un verde esmaragdino y húmedo. Bajo los sauces, en un sitial de piedra de proporciones exigüas, hacia blondas una anciana cuyos ojos pensativos abandonaban á menudo la labor y se perdían en el bosquejue cual si quisieran descubrir el ave que en la fiesta matutina cantaba la epopeya del amor.

Julio Ruiz contempló todo aquello con un gesto de tristeza que ansiaba misericordia, y sintió deseos de abandonar el lecho para siempre, así enfermo como estaba, y vagar por los campos deliciosos en la plenitud de sus sueños panteistas.

El valle ameno con la harmonía de sus flores y el lenguaje de los pájaros, era la evocación más dulce de su querido hogar, y aquella anciana recordábale su madre á cuyos besos de amor correspondiera él, ignorante de la vida, con las ingratitudes de un hijo indócil en horas de irreflexión y extravío.

La realidad brumosa del presente enlivideció su rostro y dió á sus ojos los resplandores inciertos de un sol de otoño en el descenso de las tardes tristes.

El amaba todavía á la mujer por cuya suerte huyera del regazo materno y por

cuyas inclinaciones ilícitas encontrábase allí, enfermo de cuerpo y alma, en la expiación de su delito.

¿Cómo? ¿Por qué la amaba entonces?

Porque Silvia, tal era el nombre de aquella flor capitosa, lo había deslumbrado con la magia de sus carnes — hondas fuentes de lujuria — y arrebatado á su hogar, para gozar libremente la pureza de su cuerpo, como lo haría una cortesana experta, de esas que sueñan un cándido adolescente para el cual son sacrilegos los besos, y al soñarlo, recuerdan las emociones, las sonrisas y los besos, y el hervor de la sangre que precedieron á su eterna caída.

En un momento, Julio Ruiz rememoró el pasado.

¿Quién era ella? ¿Cuándo había visto él su gracia deslumbradora?

¡Ah! Fué en el misterio de un crepúsculo sublime. La penumbra invadía los suburbios pintorescos y ante la semi-insinuación de la noche, las familias tornaban á sus hogares — después de un día de amenidades campestres — con la suave tristeza de aquella primavera que moría.

Era aquello, como una procesión de pájaros versicolores, cual un poema de las blancuras y púrpuras sedosas que harmonizaban en los rostros de las bellas vestes

vaporosas, con tenuidades de élitros y matizes de mariposas, rumoreaban un frufrú de sedas nuevas ó un murmullo de hojas secas.

En medio de aquel búcaro femenil, dechado de encantamiento, iba ella muy gallarda y risueña perseguida por sus ojos embriagados en la vislumbre del primer sueño de amor.

¿Quién la hubiera presentido?

Un poeta, ó acaso un soñador-artista, esbozándola en la tela de su irisada fantasía oriental. Alta, cisniforme, con virtudes de magnolia y contornos de mórbida escultura; blonda la cabellera rizada, y apacibles, como una azul campánula, los ojos.

Se hubiera dicho la encarnación del ideal.

¡Qué feliz fué él aquel día en que la habló de su amor, y al despedirse, estrechándole la mano temblorosa de alegría, ella le dijo que correspondía á los anhelos castos de su alma! Entonces, su alma de quince años reía con la inocencia de su tierna edad. Rosa recién abierta no conocía aún el soplo fatal de los vientos de la vida, y mostraba, ¡pobre inepta! la sonrisa de la niñez, nunca saciada de estas caricias supremas: el beso y el abrazo maternales.

Una emoción jamás experimentada por él, conmovióle el corazón cuando penetró en su alcoba, después de hablarla por la pri-

mera vez con su afecto de fraternidad ingenua. Y, mientras meditaba bellos proyectos de amor, la imagen de ella, rebosante de dulzura y encendida de pudor, reflejábase en sus ojos, cual celeste aparición.

II

En los preludios de aquel amor espontáneo, Silvia pensó que podría hacerlo suyo. Poseída de otros hombres como había sido desde la infancia, así, ella usó esos medios eficaces que mueven á la voluptuosidad, y encendió deseo en el pecho del novel amador, quien, exasperado al fin por la iniciativa de sus caricias concupiscentes de hetaira lujuriosa, la poseyó febrilmente y conoció los encantos de la carne. Y, dominado por ellos que le atraían como un imán poderoso, cedió á los ruegos de la hembra seductora, y abandonó el hogar, se alejó de su madre y sus hermanas para entregarse á ella que veía en esos seres un obstáculo á sus aspiraciones de cortesana.

Y, en un pueblo distante algunas leguas, establecieron la *garçonne*; ella, con ideas de eterna concupiscencia; y él, con ansias de vida sino feliz sosegada. Y cohabitaron algunos meses en harmonía de actos y de ideas, pero Silvia, hastiada un día de los

rituales de aquella vida ejemplar, que se oponían á los anhelos de su cuerpo vicioso, salió de la *garçonne* por la mañana y no regresó hasta ya entrada la noche.

Julio la reprochó su modo de proceder, buenamente, como en tono de plegaria.

Y ella respondió:

— ¡Qué quieras, Julio! las amigas. Ellas me pidieron que me quedase y traté de complacerlas. Pero otro día no tardaré tanto, si así te place.

Pasaron algunos días de sosiego para Julio porque creía que su querida se enmendaba. Su sosiego fué efímero. Silvia reincidió un día, después otro, luego semanas enteras, volviendo más tarde aún. La vida galante la llamaba á sus orgías. Así iba ella — no como esas infelices que prostituyen las miserias y maldades humanas, sino como aquella Mesalina hermanada á la lujuria — de los brazos de uno á los de otro, gustando de infinitas boeas los besos de la lascivia y el mal, sin temores ni inquietudes, porque sabía la presión que su carne de fuego y sus palabras ejercían sobre el amante, desde un día en que él la sorprendiera en el sendero del valle platicando con un galán que la miraba con la avidez de un fauno subyugador pronto á arrojarse sobre alguna ninfa inerme. Y él, después de reprocharla, con

amor, como otras veces, lloró desconsoladamente, — como un niño en la orfandad; — en la impotencia y el infortunio de su alma atormentada por la vida.

III

Fué entonces, en la quietud de aquella hora matinal, que la visión de la floresta vecina y la presencia de la anciana le suscitaron la idea de abandonarla, de volver á su casa é implorar perdón á su buena madre que lloraría aún su ausencia.

¡Oh, la ausencia del hijo idolatrado!

Y el recuerdo, cual un ave prisionera que osara romper el varillaje de la jaula abrumadora, se agitó en su mente, despertó sus sentimientos y vibró en su corazón, cual ritmo de una elegía, plañidero y lento.

Era un recuerdo de su madre santa.

En la víspera de su brusco alejamiento, al entrar él en su alcoba, de regreso de su paseo nocturno, ella le había dicho:

— ¿Por qué será, hijo mío, que desconocí tus pasos? ¿Qué anunciará ello? ¿Será el augurio fatal que preeeda á algún triste acontecimiento?

Y él, la había respondido, trémulo, inquieto, temeroso de ser descubierto:

— No, madre mía: es que me encuentro

muy fatigado. ¡He caminado tanto!... Mañana estaré mejor.

Y, bendiciendo ese recuerdo, y á pesar de su grave enfermedad, resolvió abandonar el lecho ese mismo día, durante la ausencia de Silvia, pues temía que ella con sus sentimientos ficticios y sus ruegos y sus caricias felinas, le subyugase otra vez é impidiese su retorno al hogar.

Y esa tarde, mientras el sol, como una bola de mármol rojo se inmergía en el ocaso, salió lentamente, como un enfermo en convalecencia, el rostro pálido, clorótico, y los ojos soñolentos, fué á la estación y subió al vagón que cuatro horas más tarde había de llegar á su ciudad natal.

Durante el viaje, sus ojos se cerraban á menudo, y su cuerpo palpitaba, presa de conmociones extrañas y vértigos pasajeros. Y sus labios murmuraban palabras inteligibles. Tenían la elocuencia del delirio.

IV

El reloj de una iglesia cercana tocaba hora cuando el tren se detuvo en la estación central.

Eran las diez de la noche.

El cielo, de un azul tenue de disteno acriollado, semejaba una sábana de raso en que

brillaban las estrellas como grandes luciérnagas inmóviles sobre la quietud de la atmósfera serena.

Julio Ruiz, próximo ya á su hogar, percibía el perfume de los jardines inmediatos á él, y su proximidad le emocionaba enormemente. Casi no podía andar. Su extrema debilidad y la emoción que sentía, hacían de él como un perlático audaz.

Llegó á la casa materna, abrió la puerta y exploró largamente el interior. En las habitaciones del fondo había luz todavía. Un vaho de jazmines venía del jardín adormecido y animó su espíritu amedrentado por la duda y el remordimiento. Y él, decidido al fin, penetró sigilosamente en dirección al jardín, con la idea de pernoctar en él y sorprender á todos al día siguiente. Al pasar por enfrente de una alcoba oyó la voz de Lucía, la mayor de sus hermanas, é impresionado por ella tuvo que apoyarse en el muro para no caer. Dió algunos pasos más y vió en la glorieta la sombra de una mujer. Como un estremecimiento de muerte recorrió su cuerpo. Quiso huir pero no pudo. Quedó como petrificado allí, frente á ella, que avanzaba á su encuentro.

¡Era su madre, que esperaba noche á noche en la paz de la glorieta, la llegada del hijo pródigo!

¡Su madre, que no le había olvidado aún, á pesar de sus desvios!

— ¡Madre mía! ¡Madre mía!

— ¡Hijo mío!

— ¿Me perdonas? — sollozó él, arrojándose á sus brazos.

Y la madre dolorosa, enterneceda, lo abrazó, besó su frente febril y murmuró:

— ¡Pobre, hijo mío! ¡Cómo estás enfermo!

— ¿Me perdonas? — repitió él.

— Sí, te perdonó, te perdonó; hijo del alma.

Y lo llevó á su alcoba, y después de darle te y cubrirlo con sus propios cobertores, le dijo:

— Ahora duerme, hijo mío. Tienes mucha fiebre. El viaje tal vez... Hasta mañana.

Y salió de la pieza lentamente.

V

Al día siguiente, muy temprano, cuando la aurora asomaba su faz iridescente, fueron á verlo y lo encontraron exánime, sonriente, con una sonrisa de amor y gratitud para su madre.

Había muerto después de obtener su perdón, y su último gesto era un salmo á ella: la madre mártir, el amor, la abnegación, la verdad.

Del Verano Extinto...

La Yunta

Para APOLÓ.

Los grandes bueyes tranquilos, con la mansedumbre habitual, acudieron dócilmente, á mesurados pasos tardos, al llamado anhelante del labrador.

Lentamente tendieron los gruesos pescuezos fuertes, duros en la tensión de los músculos vigorosos, plenos de potencia nerviosa acumulada en el descanso tonificante de la víspera, acostumbrados al brutal trabajo rudo, en que el deslumbrador arado silencioso, en su lento avance progresivo, con serenidades de prora que hiende mares suavemente estremecidos, arrojaba á sus flancos, la gleba húmeda, con el brillo metálico obscuro del acero dulce: en un nuncio de fecundidad y de vida y un anuncio de veneros nuevos y una promesa alentadora de la secreta fuerza impulsiva del progreso evolucionando: esperanza, de blancas sonrisas luminosas, que vuela hacia el incitante porvenir lejano que se diseña, abiertas las remotas manos divinas en actitud de dar; salutación amable y bendición, en la tierra exuberante, ávida de sementes para nutrirlas con su plenitud y hacerlas retoñar; valiente incesante de nuevas fuentes en la llanura pródiga, con virginidades adorables de cuerpos jóvenes, de ardiente sangre generosa, aun no maculados por manos profanadoras...

El blanco yugo de álamo, se ajustó á las cabezas indolentes prestas á recibirlo con solicitud voluntaria, y las coyundas blan-

das por el sobeo frecuente, ceñidas con prolijidad por manos hábiles, dieron término á la tarea preparatoria al ondular del arado sobre la tierra henchida de juventud propiciatoria á la mano nerviosa del sembrador.

Momentos más tarde, comenzó la tarea proficia.

Los bueyes con los anchos hocicos humeantes, levantados hacia el frente, tiraron graves del arado, con pasividad, en connubio armonioso, sin violencias impetuosas y sin nerviosidades; fuerzas vivas dóciles según la voluntad dominadora del hombre y que unidas abrían el surco bendito que cerraba la melga alargada: la tierra sonaba con dulzura en estremecimientos de alegría inusitada á la reja reluciente que la hendía, — como bendiciones de un alma buena á proféticos labios reveladores: canto férvido de la tierra al canto ardiente de la reja anunciadora; los hondos surcos recientes, paralelos en toda su longitud, al seguir las sinuosidades ondulantes del terreno, simulaban las olas invasoras del mar impulsado violentamente por vientos recios hacia encantadas riberas de oro, donde cantar su plenitud arrulladora; el olor peculiar que brotaba y se difundía vacilando en los surcos recién abiertos, se percibía desde lejos: el hombre que dirigía la yunta lenta, azuzándola á veces con el agudo chuzo inexorable, aspirando con avidez el perfume de la tierra nueva, y pensando en la risueña

BIBLIOGRAFICAS

Libros y folletos recibidos

Vórtice de amor, POR FELIPE SASSONE — LIBRERÍA PUEYO — MADRID. — En la portada de este libro bello, su autor debía haber escrito aquellas palabras que ya hizo suyas Gómez Carrillo y que dicen: «Pero si no eres artista, no entres. Es un jardín sellado para el que no tiene la fortuna de vivir en Belleza . . . No entres, te digo, si no eres artista . . .»

Felipe Sassone se conforma con decir que su obra fué escrita con el corazón, y con el corazón debe leerse. Así es, en efecto. Sólo las almas apasionadas, las pobres almas enfermas de tristeza, y que hayan amado mucho, podrán comprenderla. Todo en esta obra es sincero. Mimosa, la protagonista, con todas sus incoherencias, con todos sus desdenes primero, su amor ardiente después, y, por último, con su frialdad hacia el amante que la adora, es muy natural. Entre ella y Mario Renzi todo debía suceder así porque Mimosa sólo ama á Mario. En ella la carne está muda; el amante sólo le inspira cariño. Mario, en cambio, la ama y la quiere; su amor es apasionado y ardiente, y por esa desigualdad de quereres, las disputas entre los amantes son casi diarias. Ella es casada. El marido, hombre rico, es un verdadero *bonhomme*, que se erige en protector de Mario que es rico sólo en ideas é ilusiones, y éste, en su delicadeza innata, en su alma de artista, sufre al tener que estrechar la mano de aquel que vilipendia. El marido se lleva á Mimosa. ¡Cómo describir todas las hermosuras del bello poema que escribe el amante mientras se encuentra solo, solo, lejos de la Bien-Amada! ¡Cómo no sentir con él toda la tristeza que emana de la bella estrofa que repite al oír un pregón callejero que en tiempos felices lo despertara en brazos de la Inolvidable! ¡Cómo no sollozar con él esta estrofa:

Tengo frío, tengo frío!

Mas murieron tus promesas con la muerte de las flores
Y estoy triste en mi ventana al mirar con amargura
La caída de la nieve que recuerda tus amores
Porque tiene tus frialidades y tu pálida blancura.

Al fin de la obra, Mario descubre el paradero de Mimosa en el Perú, su patria, y marcha allá seguro de reconquistarla. Pero en vano! Ella tiene ahora un hijo y todo el cariño de su corazón es para el pequeño. Mario, en su desesperación, reniega de sus escrúpulos pasados porque como dice y con razón: «si el marido era mi amigo ella era mi amada y el amor, el verdadero amor, obsesión, idea fija, debió vencerlo todo.»

«Vórtice de amor», como el libro anterior de Sassone, está escrito en estilo exuberante.

Catálogo de obras modernas. — LIBRERÍA DE PUEYO. — MADRID. — Gregorio Pueyo, el inteligente y progresista librero editor que está de moda en Madrid, nos ha obsequiado con algunos ejemplares de su último catálogo que es, sin duda alguna, el mejor y

brillaban las estrellas como grandes luciérnagas inmóviles sobre la quietud de la atmósfera serena.

Julio Ruiz, próximo ya á su hogar, percibía el perfume de los jardines inmediatos á él, y su proximidad le emocionaba enormemente. Casi no podía andar. Su extrema debilidad y la emoción que sentía, hacían de él como un perlático audaz.

Llegó á la casa materna, abrió la puerta y exploró largamente el interior. En las habitaciones del fondo había luz todavía. Un valo de jazmínes venía del jardín adormecido y animó su espíritu amedrentado por la duda y el remordimiento. Y él, decidido al fin, penetró sigilosamente en dirección al jardín, con la idea de pernoctar en él y sorprender á todos al día siguiente. Al pasar por enfrente de una alcoba oyó la voz de Lucia, la mayor de sus hermanas, é impresionado por ella tuvo que apoyarse en el muro para no caer. Dió algunos pasos más y vió en la glorieta la sombra de una mujer. Como un estremecimiento de muerte recorrió su cuerpo. Quiso huir pero no pudo. Quedó como petrificado allí, frente á ella, que avanzaba á su encuentro.

¡Era su madre, que esperaba noche á noche en la paz de la glorieta, la llegada del hijo prodigo!

¡Su madre, que no le había olvidado aún, á pesar de sus desvíos!

— ¡Madre mía! ¡Madre mía!

— ¡Hijo mío!

— ¿Me perdonas? — sollozó él, arrojándose á sus brazos.

Y la madre dolorosa, enterñecida, lo abrazó, beso su frente febril y murmuró:

— ¡Pobre, hijo mío! ¡Cómo estás enfermo!

— ¿Me perdonas? — repitió él.

— Sí, te perdonó, te perdono; hijo del alma.

Y lo llevó á su alcoba, y después de darle te y cubrirlo con sus propios cobertores, le dijo:

— Ahora duerme, hijo mío. Tienes mucha fiebre. El viaje tal vez... Hasta mañana.

Y salió de la pieza lentamente.

V

Al día siguiente, muy temprano, cuando la aurora asomaba su faz iridescente, fueron á verlo y lo encontraron exánime, sonriente, con una sonrisa de amor y gratitud para su madre.

Había muerto después de obtener su perdón, y su último gesto era un salmo á ella: la madre mártir, el amor, la abnegación, la verdad.

Obras de Perfecto López Campaña

PUBLICADAS

- «Nervosismos» (Páginas y estudios).
- «Panfarría de Prejuicios» (Crónicas, cuentos e ideas sueltas).

CONCLUIDAS

- «Dónde el Patagonia» (Memorias íntimas de un aprendiz artillero).
- «Map de Fondo» (Novela de ambiente).
- «En el jardín de las mentiras» (Cuentos).
- «Hacia el porvenir» (Drama en tres actos y en prosa).

EN PREPARACIÓN

- Capítulo de Sociología Americana,
- «El Uruguay» (Factores de evolución e involución).

Obras de Pérez y Curis

PUBLICADAS

- «La canción de las Crisálidas»
- «El poema de la Carne».

(Poesías).

«Heliotropos» (Poesías)

«Rosa ignea» (Cuentos).

EN PREPARACIÓN

- «Por jardines ajenos» (Páginas de Arte).
- «Alma de Idilio» (Poema).
- «Albas sangrientas» (Poesías de combate).
- «La Ola» (Novela).
- «En el huerto de los besos» (Poesías)

APOLÓ

REVISTA MENSUAL DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DEL URUGUAY,
LA ARGENTINA Y CHILE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN MENSUAL

Edición económica	\$ 0.15	oro
de lujo	» 0.20	»



Administrador: LUIS PÉREZ (Alzáibar, 35)

La correspondencia literaria á PÉREZ Y CURIS

— MONTEVIDEO (URUGUAY) —

APOLG

Revista mensual de arte y sociología

Director-Redactor: Pérez y Curis  Redactor: Perfecto López Campaña
Secretario de Redacción: Ovidio Fernández Ríos

CUERPO DE REDACCIÓN

Juan Picón Olaondo — Montevideo.
Francisco Villaespesa — Madrid.
Manuel Ugarte — París.
Enrique Olaya Herrera — Bruxelas.
Luis G. Urbina — México.
Rafael Angel Troyo — Cartago de Costa Rica.
Guillermo Andreve — Panamá.
Froilán Turcios — Tegucigalpa (Honduras).
Santiago Argüello — León (Nicaragua).
Arturo Ambrogi — San Salvador.
M. Moreno Albà — Barranquilla (Colombia).
Miguel Luis Rocuant — Santiago de Chile.
Pablo Minelli González — Buenos Aires.
Rosendo Villalobos — La Paz (Bolivia).
Luis Correa — Caracas (Venezuela).
Guillermo Lavado Isava — La Victoria (Venezuela).
Remigio Romero León — Cuenca (Ecuador).
Juan Guerra Núñez — Habana.
José de Diego — San Juan de Puerto Rico.